


memofilia



La herida había comenzado a supurar semanas antes, sin previo aviso. No podía decir si era grave o no, porque no le dolía, apenas un leve escozor. Lo primero que hizo fue poner una gasa ligera, transpirable y coger cita con el dermatólogo. El día anterior, cuando se cambió la gasa, vio que pegada a ella había ciertas manchas que, bien miradas, se descubrieron palabras, formas que en un principio atribuyó al azar pero que al poco reconoció. No podía dar crédito a sus ojos, pero estaba claro: estaba supurando recuerdos. Sin valor para presentarse ante su médico de esa guisa, consultó un homeópata del barrio, especialista en enfermedades raras, quien le dijo que debía confiar en la sabiduría de su cuerpo, que había decidido expeler, como cuerpos extraños, jirones de su pasado. Consciente de que la disciplina era fundamental para la cura, cada noche limpiaba la herida y cambiaba la gasa, que rezumaba un olor agrisado a memoria y betadine. En contra de los consejos de higiene, optó por guardar los vendajes, algo sucios y deshilachados, tal como salían, en una cajita que procuraba mantener aséptica. Su cuerpo los expulsaba, pero su memoria no sabía desprenderse de ellos. Vivía con el miedo de que el pasado infectara su presente o que el presente gangrenara su pasado.